## VI DOMINGO ORDINARIO C/2007

Un día un hombre que reflexionaba sobre la vida de los sacerdotes y su austeridad hizo este comentario: “debe haber vida eterna para que estas personas puedan llevar esta clase de vida; de otra manera esto no tendría sentido como ellos viven sino hubiera vida después esto”.

De hecho, la pregunta de vida después de la muerte es una de las más cruciales de la fe cristiana. De aquí surge la pregunta de la resurrección de los muertos y aquella de la importancia de la práctica cristiana: ¿Por qué estamos haciendo lo qué hacemos ahora si no hay ninguna esperanza de la supervivencia después de esta vida? ¿Por qué practicamos la caridad y obedecemos los mandamientos de Dios, si nada existe después de esta vida?

Para San Pablo, si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe no tiene ninguna fundación en lo absoluto. Además, no somos sólo los más infelices de todos los pueblos en la tierra, sino también todos aquellos que han muerto en Cristo son perdidos para siempre. Y aún, Cristo es resucitado de los muertos como la primera fruta de aquellos que se han dormido. Como una primera fruta que da el gusto y la calidad de todas las frutas que están en un árbol, la resurrección de Jesús es la medida de lo que esperamos en la vida después de la muerte.

El resultado de tal razonamiento es simplemente sencillo: nosotros resucitaremos con Cristo. Por lo tanto, lo que hacemos ahora, en este mundo, es como una gestación y la preparación a la vida del mundo por venir. No, quiere decir que el mundo presente y su realidad pierdan su importancia, pero estos factores tienen que ser considerados como conducto par alcanzar la plenitud de tiempo donde Cristo resucitado nos ha precedido.

La importancia de la resurrección de los muertos, y la vida del mundo por venir, nos ayuda a entender bien la primera lectura. Para Jeremías, de hecho, hay dos cosas para escoger ante cada persona, a saber el bueno y el malo, la maldición y la bendición. Siguiendo el buen camino nos conduce a la bendición, tomando el mal camino nos conduce a la maldición.

Quienquiera que pone su confianza en seres humanos solo, y se olvida de Dios, arruina su vida, porque no hay nada para esperar de un ser mortal. Al contrario, quienquiera que confía en el Señor, y basa su vida en él, es bendito porque Dios es la fuente de vida eterna.

Esa es la razón para qué el que confía en el Señor parece a un árbol plantado cerca de un río que estira sus raíces a la corriente. Tal árbol no teme el verano, ni calor, ni sequía; sus hojas permanecen verdes todo el año mucho tiempo. Esto da muchos frutos, porque la corriente continuamente lo irriga y alimenta.

Lo que Jeremías nos dice en esta lectura no es que tenemos que desconfiar a la gente en nuestras relaciones, tampoco él nos enseña pasividad bajo el pretexto que Dios resolverá todos nuestros problemas. Al contrario, el profeta tiene la intención de hacernos conscientes del hecho que dado a la fragilidad y la inestabilidad de la condición humana, es mejor encontrar el sentido de nuestras vidas en una fundación sólida, que es Dios. Quienquiera que esta con Dios nunca estará perdido, pase lo que pase en su vida.

La capacidad de Elegir a Dios y ponerlo sobre de todo es lo que les da a los apóstoles el ser llamados benditos en el Evangelio de hoy. Jesús llama a sus discípulos benditos porque ellos han entendido que la felicidad no depende necesariamente de la posesión material, ni de tener la abundancia, ni de no tener problemas. Pero mejor dicho, en el camino manejamos las situaciones de pobreza, hambre, sufrimiento y rechazo, sabiendo bien que estos no durarán para siempre, porque el plan de Dios de la salvación va más allá de este mundo.

Es también verdad que la pobreza, el hambre, el luto y el sufrimiento no son situaciones ideales. Estas condiciones que deberían ser cambiadas. Sin embargo, estas condiciones cuando vivimos con Dios, pueden preparar el terreno a la felicidad en el sentido que ellas no durarán eternamente. Dios siempre puede cambiar la pobreza en la riqueza, hambre en la satisfacción, el llanto en risas, y sufrimiento en la alegría. Más, cuando a pesar de nuestra pobreza, hambre, llanto y sufrimiento, no rechazamos a Dios, pero lo asociamos en nuestros problemas, nos ponemos en el camino que conduce a su reino.

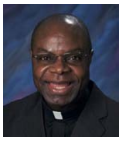
Si los otros son llamados malditos, es porque ellos no han entendido y no le han dado el valor y la importancia a Dios para sus vidas, en el presente, y el lugar de la salvación eterna, en el futuro. Ellos han optado mal. Cuando Dios no cuenta en absoluto para ellos, ellos razonan como si su riqueza presente, alegría y fortuna determinen condiciones para la felicidad eterna.

En otras palabras, no porque los otros tienen la abundancia, están satisfechos o alegre, que ellos son malditos. Al contrario, es porque su situación los previene para buscar a Dios y darle un lugar que él merece en sus vidas. Por eso las Bienaventuranzas tienen un doble carácter de petición y desafío.

En primer lugar, las Bienaventuranzas apelan a nuestra humanidad de modo que cambiemos la situación de pobreza, hambre y sufrimiento en el mundo, como una anticipación del reino de Dios en la tierra. Al mismo tiempo, las Bienaventuranzas nos desafían. De hecho, cuando andamos a lo largo del mismo camino que Jesús que era pobre, sufría  y era rechazado, él nos promete la vida abundante, para alcanzarlo tenemos que hacer algunos cambios significativos en nuestras actitudes y comportamientos.

La felicidad implica que ciertos deseos estando satisfechos; y ya que los deseos de un ser humano nunca están totalmente satisfechos, una persona feliz confía, tiene la esperanza de que va a tener más. La felicidad que está presente es hermosa, pero siempre apunta la pregunta: ¿y mañana? Ya que ninguna persona es feliz por si misma, nuestra esperanza en la felicidad presente o futura tiene que ver con otros que no nos decepcionarán.

Oremos al Señor que venga a nuestro rescate de modo que en nuestra búsqueda de la felicidad, no olvidemos a su Padre que es la fuente de la felicidad verdadera y eterna. Que Dios nos ayude en nuestra situación presente en el mundo como la preparación para nuestra vida eterna. Que Dios los bendiga a todos.



Fecha de Sermón: Febrero 11 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20070211homilia.pdf